Hector Pedro Blomberg

Las Islas de la Inquietud

Poesías

Editorial Tor
Paraguay 2068 - Buenos Aires

Hector Pedro Blomberg

Las Islas de la Inquietud

Poesias

Editorial Tor

Paraguay 2068 - Buenos Aires

DEDICATORIA

DEDICATORIA

Alfonsina Storni:

Hermana mía, tu canción resuene
En la bruma y el viento de mi mar,
Yo iluminé los puertos de mis islas
Para oirte cantar.

Tu voz en el murmullo de mis ondas
Parecía un cantar de anunciación:
Poblabas mi ribera con tus cantos
De angustia y de pasión.

Gimió en mi arena tu añoranza ardiente,
Soñé los sueños que soñabas tú,
Y bebí agua de estrellas en los cántaros
De Juana Ibarburú.

Vibró entre mis palmeras solitarias
Como un grito doliente y maternal,
El corazón de lágrimas y fuego
De Gabriela Mistral.

Yo empavesé las naves de mis sueños,
—Mis sueños de nostalgia y juventud,—
Y os conduje, viajeras inmortales,
A las islas de amor de mi inquietud.

CANCIONES DEL CAPITAN

EN EL BAR DE LA AUSTRALIANA

Los muchachos están ebrios
En el bar.
Un velero quiebra el agua
Del canal.

La australiana está borracha
De coñac;
Y era bella, en otro tiempo...
¿No es verdad

Que era hermosa, en la ribera
De otro mar,
Cuando tú eras un grumete
De mi edad?
Pero ahora, pobre Maggie,
Cómo está...

¿Por qué lloras sobre el whisky,
Capitán?

Un borracho está cantando
Sin cesar
Un cantar de los errantes:
"Fatherland",
Y en el piano, el inglés ciego
Toca un vals.

La luz vuelca una amarilla
Claridad
En la mugre y la miseria
De este bar
Que fundara hace treinta años
—Tal vez más—
Aquel excampeón del mundo,
Tommy Sand.
Sí, aquel mismo que mataron,
De esto hará
Catorce años, cuando llegue
Navidad.

Muelle sucio, turbio cielo,
Viejo bar;
Alma triste de los hombres
Que se van,
De los hombres que no vuelven
Nunca más.

El borracho ya ha dejado
De cantar.

La australiana se ha dormido,
Capitán...

MARINERO...

—¿De dónde vienes, marinero?
—Del mar, del mar,
De los remotos horizontes
Y de la azul inmensidad.

—¿Dónde estuviste, marinero?
—Lejos, muy lejos, más allá
De las riberas y los soles,
De las espumas y del mar.

—¿A quién amaste, marinero?
—A cien mujeres, capitán:
A las mulatas en La Habana,
Las bayaderas en Bombay,
Geishas amé en el Yoshiwara,
Y negras Evas en Dakar,
Rubias judías en el Wapping,
Y una princesa en el Ceylán...
Labios ardientes me besaron
En cada puerto, en cada mar:
Las cien mujeres que me amaron
Ya me olvidaron, capitán...

—¿A dónde partes, marinero?
—Al mar, al mar,
Hasta que un día me amortajen
Y ya no vuelva nunca más;
Sobre mi sueño las mareas
Rodarán, cantarán...

CANCION EN EL MAR

Vamos bajo el silencio de las Pléyades,
Vamos bajo la luz de Aldebarán,
A la ribera límpida y remota
Donde está Canaán.

Somos los peregrinos de la espuma,
Somos los hijos de la Cruz del Sur,
Vivimos y morimos con el sueño
De una ribera azul.

En las noches del mar estamos solos,
Lejos de las ciudades del dolor,
Y rimamos la vida de los mundos
Con nuestro corazón.

Vamos hacia el confín del horizonte
Sin el pavor obscuro de morir,
A dejar nuestro ensueño en la ribera
De un remoto país.

Vamos bajo el silencio de las Pléyades,
Vamos bajo la luz de Aldebarán
A la ribera límpida y remota
Donde está Canaán.

EL ABUELO

Mi abuelo era un honrado marino de Noruega
Que vino a Buenos Aires mandando un viejo brick,
Iba a South Georgia, en busca de aceite de ballena.
Tenía un alma clara, romántica y pueril.

Esa alma ancló en los ojos azules de mi abuela
Que tenía quince años y un rostro de jazmín;
Y los dos se casaron, un día, por la iglesia.
(Entonces no existía el Registro Civil).

¡Cómo la amó mi abuelo! En las pupilas de ella
Cada año un hijo nuevo encendía una estrella;
Cuando nació mi padre su cabello era gris.

Pasaron muchos años, muchos, más de cincuenta...
Mi abuela vió diez nietos y se murió contenta,
Pero mi abuelo nunca se olvidó de su brick.

AVES DE PASO

MARCHA DE CIRCO

Vieja marcha de circo, a cuyas notas
Danzan sobre la arena los caballos
Y sonríe la frágil prestidigitadora;
Y se animan los rostros atezados
De los encantadores de serpientes,
Y apura la cerveza de su vaso
Y se vuelve a sus fieras
El rubio domador de los leopardos;

Y olvida su tristeza el elefante,
Y se disloca en imposibles saltos
Con su inquietante risa
El clown inglés que siempre está borracho.
Mueve el viento la lona de la carpa;
La función ha empezado...
La esbelta italianilla que baila en el alambre
Mira con ojos húmedos y trágicos
La silueta gentil de la amazona
Que le robó el amor de su payaso.

Sigue, marcha de circo, que comienza
La torpe danza de los osos blancos
Y restallan los cohetes de la fusta
Del domador gitano,
Y vuelan por el techo de la carpa
Las alemanas rubias de los juegos icarios

Oh, vieja marcha, toca más ligero,
Que mañana temprano
Se va el circo a otro pueblo, con su canción errante
Y la trágica risa del borracho.

¿FUE VERDAD?

He oído la historia del chino que mataron
Y de la calavera con ojos de rubí
Que miran en la noche con mirar fijo y triste
Cuando grazna el albatros su lamento sutil,
Y se alarga la sombra azul del Fujiyama.
Mas la historia más bella que he escuchado jamás,
En las claras riberas de las lejanas islas,
Bajo la vieja luna, junto al anciano mar,

La historia más hermosa de todas las historias,
¿Fué verdad? ¿Fué verdad?

Cómo huelen las flores pálidas del ciruelo
En las maravillosas islas de allende el mar,
(Dices tú que regresas de esas dulces riberas)
Y las sandalias rojas de Ngako-Kuni-San,
Y su kimono negro con dragones de oro...
(Aun siento el dulce viento que su abanico da...)

Tú me contaste un día la fabulosa historia
De la mina de plata junto al mar siempre azul,
Amarilla muñeca de las islas lejanas
Que vives en mis sueños de amor y juventud;
Tu corazón temblaba de pasión bajo el mío
Y cantaban las olas del fatigado mar.
¡Cómo olían las flores pálidas del ciruelo!
¿Fué verdad? ¿Fué verdad?

Grandes navíos grises, grandes navíos blancos,
Errabundos navíos que vienen y que van,
Se cubre el mar de espuma, sopla el áspero viento,
Y graznan los albatros su lamento mortal.
Amarilla muñeca de las islas lejanas,
¿Fué verdad? ¿Fué verdad?

EL ADIOS DE CHILDE HAROLD

(Byron)

Adiós, adiós, que la natal ribera
Se desvanece en el azul del mar;
Gime el viento nocturno y las espumas,
Y la gaviota comenzó a graznar.
Iremos por el mar, en el crepúsculo,
Del sol muriente tras el rayo en pos:
Adiós, ¡oh sol!, ¡oh pálida ribera!,
¡Tierra natal, adiós!
Dentro de algunas horas ha de alzarse
Para alumbrar el nuevo amanecer,

Saludaré las tierras y los cielos,
Mas no la tierra que me vió nacer.
Desierta está la casa solariega
Desolado el hogar,
La hiedra crecerá sobre sus muros,
Y mi perro, esperándome, ha de aullar.

¿Quién confía en los trémulos suspiros
De la que atrás quedó?
Otro amor ha secado las pupilas
De la que nos amó.
No me entristezco del amor pasado,
Ni del peligro que se acerca ya,
Mi dolor es que todo lo que dejo
Nada vale la pena de llorar.

Ahora estoy solo sobre el mundo, solo
Sobre la azul inmensidad del mar:
¿Por qué derramar lágrimas por otros?
Nadie me ha de llorar.

Contigo, nave mía, nos iremos
Sobre la espuma, en el amanecer,
No me importa la tierra donde vamos
Siempre que no es la que me vió nacer.
Melancólicas ondas, bienvenidas,
De otras riberas yo navego en pos,
Bienvenidas, llanuras y desiertos:
¡Tierra natal, adiós!

BARCOS DORMIDOS

Bajo los resplandores sangrientos, mortecinos,
Que arroja en cada cueva un trémulo farol,
Sueñan los harapientos y rudos Aladinos
Con talismanes de opio, con lámparas de alcohol.

Olores de las tierras soleadas y distantes...
El Támesis suspira, vasto, trágico y gris,
Y pasa por los barcos y las almas errantes
El gran soplo nostálgico de un perdido país.

Es de noche en el Támesis. Los marineros chinos
En las cuevas del Wapping sueñan sus peregrinos
Sueños de opio y de muerte. Al alba partirán.

Y en la trágica bruma, misteriosa y espesa,
Los navíos reposan bajo la noche inglesa
Y sueñan con los cielos ardientes del Ceylán.

CANCION RUSA

(Tchaikowsky)

Si hubiera sabido, si lo hubiera sabido yo antes...
No hubiera mirado desde mi ventana
Al hermoso joven, soberbio y audaz,
Que cruzó a caballo la calle aldeana.
Con coquetería su gorra de piel
Llevaba inclinada caprichosamente.
Montaba, gallardo, su noble corcel
De crines doradas. Bajo mi ventana
Pasó. Una mirada no tuve para él.

Si hubiera sabido, si lo hubiera sabido yo antes...
Yo nunca vestidos de seda tuviera,
Ni con cintas rojas de borde dorado
Adornara el oro de mi cabellera.

No salí de mi casa, en el alba,
Para ir a los campos abiertos,
Salpicados mis pies de rocío,
Para verle cruzar los senderos desiertos.

Si hubiera sabido, si lo hubiera sabido yo antes...
Jamás me quedé en el crepúsculo
Con los ojos de llanto brillantes,
En la orilla del fresco arroyuelo,
Con ansia esperándole a él,
Para dar de beber, en la orilla,
Al noble corcel...

¡Si hubiera sabido, si lo hubiera sabido yo antes!

A MANUEL ZEA ANDRADE

Manuel, ¡cómo cantaba en las viejas mañanas
De las máquinas vivas el férreo corazón!
Eran horas serenas y jornadas lejanas...
Nuestra vida rimaba con tinta su canción.

Treinta años escuchaste esa canción de acero:
Era tu Marsellesa heroica del deber.
¡Oh fríos del invierno, oh soles del enero
Que no encontraron nunca desierto tu taller!

Fuera rodaba el mundo sus rojas caravanas:
La esperanza, el ensueño, la lucha, la ambición...
Temblaban las estrellas en las noches lejanas,
Y el alma de las máquinas cantó en tu corazón!

Por eso una mañana entre tu mano ruda
Y heroica, se oyó un claro balbuceo infantil:
Fué el diario que nacía, sin dolor, sin ayuda,
Como nacen, cantando, los pájaros de abril...

ROMANCES DE NIÑEZ

Solitario Robinson Crusoe, que habitas
La isla misteriosa del sueño infantil,
El niño de antaño no envidia tus cabras
Ni caza bisontes con Búffalo Bill.

El pobre Aladino su lámpara apaga,
No ha vuelto la nave del viejo Simbad...
¡Qué triste está el niño que, allá, en otro tiempo,
Soñó con Sobeida y amó a Scheherezad!

Bravos navegantes de alma aventurera,
Los que Julio Verne lanzó sobre el mar,
Románticos héroes... Ni el nombre recuerdo
De los que en mi infancia me hicieran soñar.

¿Adónde se han ido los filibusteros?
¿Dónde está el naví del pirata inglés
que enterró en las islas de luz del pasado
El blanco tesoro de nuestra niñez?

Los tres mosqueteros, Valjean, Montecristo...
Oh crueles templarios de Sir Walter Scott...
El asno de Sancho llevó a Don Quijote,
Y el sueño de gloria se desvaneció.

La Bella Durmiente del Bosque despierta
Y canta en nuestra alma la vieja canción...
¡Romances de ensueño, romances de infancia
Que tengo guardados en el corazón!

LOS POEMAS URBANOS

PIEZA DE HOTEL

En el frío crepúsculo de la ciudad inmensa,
Solo con mi valija, he llegado a este hotel,
Y en la noche de insomnio el alma de esta pieza
Me cantó en este lecho modesto de laqué.

Sentí el latido ardiente de ausentes corazones,
Suspiros de agonía y besos de pasión,
El himno de una cuna, el sollozar del hombre
Que en una madrugada de invierno se mató.

Estos nombres escritos con lápiz en el muro...
Misteriosa María, aquí te amó tu Juan...
Cuando él se fué, cansado de aquel idilio oculto,
En esta misma pieza aprendiste a llorar.

Este enturbiado espejo que reflejó la angustia
De aquel muchacho pálido que se sintió morir
Esperando la carta que no llegaba nunca...
El día de su entierro la carta llegó, al fin.

Esta mesa de pino que vió escribir las cartas
Del hambre y la esperanza, del sueño y del perdón,
Esta mesa de pino que recogió las lágrimas
De tanto atormentado corazón que pasó...

Este viejo retrato de una mujer morena
Que alguien dejó olvidado en la mesa de luz:
Lo miro largo tiempo: ni un nombre, ni una fecha...
Y es bella como un sueño de amor y juventud.

Aquí el remordimiento, el crimen y el pecado
Vivieron su agonía, temblaron su terror;
En esta misma pieza, entre estos muros blancos,
El cielo y el infierno cantaron su canción.

Entra por la ventana la luz azul del día,
Un reloj ronco y triste ha sonado las seis;
He besado el retrato de la desconocida,
Me he quedado dormido en el amanecer.

CARTAS MUERTAS

(Poste Restante)

Estas cartas que esperan, ignoradas y muertas,
Estas cartas que nadie reclamará jamás,
Durmiendo en las obscuras oficinas desiertas,
Como los corazones que no han de soñar más.

¿Qué manos temblorosas de amor las escribieron
Más allá de los mares, qué trágica pasión
Volcó en ellas los sueños que se desvanecieron?
¡Cuánta ardiente esperanza, cuánta dulce canción!

Pobres cartas dormidas... En sus sobres manchados
Hay lágrimas de sangre y plegarias de amor.
Súplicas de recuerdo, lamentos desolados,
Besos, penas y llantos, palabras de terror...

Son voces de las almas lejanas. Son cantares
Silenciosos y extraños que nadie ha de escuchar;
Vinieron en los buques, sobre los anchos mares...
¿Dónde estarán las almas que fueron a buscar?

Estas cartas que esperan, ignoradas y muertas,
Estas cartas que nadie reclamará jamás.
Durmiendo en las obscuras oficinas desiertas,
Como los corazones que no han de soñar más...

COCHE DE PLAZA

Fué tálamo errante de aquellas ardientes
Parejas malditas de Sully-Prudhomme;
El caballo blanco corría, corría,
En noches sin luna y días sin sol.

Corría la tarde que el hombre de negro
Se alojó, de pronto, la bala en la sien;
El piso del coche se manchó de sangre...
El cochero aún sueña que a veces lo ve.

Corría, llevando en la primavera,
Ruidosos chiquillos, camino del Zoo;
Corría, llevando los blancos abuelos
A beber los rayos del último sol.

Canción misteriosa del coche de plaza
Y el caballo blanco que tiraba de él...
Dormitó en la puerta de las mancebías
Y llevó los ebrios al amanecer.

Lo mojó con lágrimas la viejita pobre
Que salió llorando de aquel hospital...
El caballo blanco corría, corría,
Y el viejo cochero soñaba en llegar.

LOS NIDOS DESHECHOS

En la fría mañana,
Bajo el sol melancólico de invierno
Va el carro de mudanza.

Misteriosa tristeza
La de estas cosas pálidas que pasan...

¿Qué ensueños reflejáronse
En esa luna opaca?

¿Qué quimera de amor meció esta cuna
En las noches ardientes y lejanas?
Despojos grises del deshecho nido,
¡Cuántas horas de amor y de esperanza
Habrá sonado ese reloj que duerme!

Parece que están vivas
Estas cosas que pasan
Camino del olvido...

Sobre esa mesa de torcidas patas,
Soñó y trabajó el hombre... En esa silla
Ella leía el sueño de su frente
En las noches calladas
Y ese busto de yeso de Beethoven
Parecía cantar la "Appasionata"...

Vino la muerte y silenció la cuna
Que se llenó de lágrimas;
Y otra noche de invierno el alma de ella
Se fué por la ventana.
El rugió de dolor en ese lecho,
Después, no quedó nada
Nada más que la muerte y el olvido.

En la fría mañana,
Bajo el sol melancólico de invierno
Va el carro de mudanza.

DRAMA DE POBRE

Al salir de la cárcel fué a buscarla,
Allá, en el conventillo,
En la calleja familiar del barrio.
Pero ella se había ido.

Anduvo largo tiempo dando vueltas
Por el cuarto vacío,
Y estuvo preguntando... Pero nada
Sabían los vecinos.

Solamente una vieja recordaba
Que en un día muy frío
La vió subir a un coche, en compañía
De un señor bien vestido.

"Lloraba un poco", le informó la vieja.
El hombre nada dijo,
Y con paso inseguro, vacilante,
Salió del conventillo.

Esa noche, muy ebrio, el miserable
Cometió otro homicidio,
Y pensó el mismo juez, al condenarlo:
"Nació para asesino".

CREPUSCULO EN EL GHETTO

Una tras otra han ido naciendo las estrellas
Sobre el obscuro barrio del pueblo de Israel;
Las viejecitas pasan... Hay en los ojos de ellas
La luz que alumbró un día los ojos de Raquel.

Abraham, el patriarca que vende cigarrillos,
Sentado en la vereda, ve morir su salud,
Y pasa, con sus dedos temblones y amarillos,
Las páginas manchadas del Talmud.

Allá, en el negro patio, Rebeca, la estudiante,
Vuelve a leer a hurtadillas, temblando el corazón
Y húmedas las pupilas, la carta del amante
Que conoció la víspera del Día del Perdón.

Los sastrecillos siguen cosiendo todavía;
(El vendrá, sastrecillos, y El os dirá: "Venid!")
En el umbral mugriento de la pescadería
Simón, el "schnorrer", sueña la gloria de David.

En el Bar Palestina, donde se pasa el día,
Jacobo escribe en "iddisch" una nueva canción:
Cuando Jacobo estaba en Odessa, tenía
El mismo sobretodo y la misma ilusión...

Isaac, en la casa que abrió, de compraventa,
Hace ya muchos años, se ha dejado dormir;
Los años que ha vivido... Son cerca de noventa...
Sueña que está en Ukrania, sabe que va a morir.

Se alejan en la noche los viejos organillos;
Simón, el "schnorrer", sueña su muerta juventud;
Está muerto el patriarca que vende cigarrillos,
Sobre la sucia acera ha caído el Talmud...

ELEGIA DEL LUNES

¡Oh los trágicos días, monótonos, iguales,
En que se teje el hilo de nuestra vida gris,
Las quimeras murientes, las nostalgias mortales,
Y el sueño melancólico de un perdido país!

Días del torvo hastío, de la esperanza muerta,
De la pobreza, de la inquietud del pan,
En que el corazón sangra como una herida abierta,
Mientras las frías horas estériles se van.

Melancólicos lunes de todas las semanas,
Negros días que nunca me traen una canción
De amor ni de esperanza, y cuyas horas vanas
Pesan lo mismo que años sobre mi corazón.

Oh, sol de un nuevo lunes que iluminas mi puerta:
¿Esta herrumbre de mi alma tampoco enjugarás?
Mi corazón se enfría, como una alondra muerta,
Y sueña con las horas que no han de volver más.

HOTEL DE PROVINCIA

Estas pequeñas gentes de este hotel de provincia...
Yo las saludo a todas a la hora de comer,
Al solitario viejo que, hace más de veinte años,
Llegó al hotel — de paso — pero nunca se fué.

Le doy libros de versos a la maestrita rubia,
Novelas a la hija del dueño del hotel,
(Tiene diez y siete años; una noche, en septiembre,
Se equivocó de pieza... Pero fué sin querer.)

Allá, en el fondo, hay una pareja misteriosa:
El es joven, buen mozo; ella, un poco otoñal.
Yo tengo la sospecha que él la robó al marido...
Comen siempre en silencio y no salen jamás.

El estudiante a veces regresa muy borracho
Y toca la guitarra hasta el amanecer;
Le han pedido la pieza, pero no se va nunca,
Y le pide dinero al dueño del hotel.

Mr. White, el gerente de la usina, se embriaga
Los domingos tan solo. Tiene un gran corazón.
Sé que está enamorado de la maestrita rubia,
Y le habla de Lord Byron, de Londres y de golf.

El periodista duerme todo el día. De noche
Escribe un drama en verso. Ha escrito cuatro ya...
Yo creo que los dramas son buenos, pero al pobre
Ninguna compañía se los quiere estrenar.

En las noches de invierno jugamos a las cartas
O escuchamos el disco de algún tango llorón;
Cuando llega el estío, sentados en el patio,
Contemplamos la luna, nostálgicos de amor.

Olor de madreselvas, tristeza de provincia...
Estas pequeñas gentes de este modesto hotel
No saben lo que sueño, ni porqué escribo versos
En las noches de luna... Yo tampoco lo sé.

CIUDADES

BAGDAD

Blanca Bagdad, dulce ciudad donde reinó Harún-al-Raschid,
En cada piedra teje la hiedra los ensueños de Scheherezad ;
En tus callejas vagas y viejas la leyenda exprime su vid,
Y con su vino cargó Aladino la nave del viejo Simbad.

Las caravanas pasan lejanas y está soñando el Gran Visir
Con el tesoro de plata y oro de la cueva de Alí Babá;
Ya de la aurora llega la hora, los camellos van a partir:
La última estrella ya no destella, y el laúl enmudece ya.

No hay sombra alguna bajo la luna de los califas de Bagdad
Fátima sueña, blanca y risueña, y una guzla canta sutil...
¡Abú-Hassán! Ven, que se van las estrellas de la ciudad,
Sobeida espera la luz primera, y las noches son más de mil.

FLORENCIA

¡Oh la ciudad lirio florecida en piedra!
Del Arno murmura la voz secular;
Los divinos mármoles se envuelven en hiedra;
Los siglos ardientes se sienten pasar.

¿No fué en esta Piazza della Signoria
Donde el Alighieri se sintió inmortal,
Y al sol de Toscana, que el cielo encendía,
Gimió Galileo, muriente y triunfal?

¿No fué por la Puerta de este Baptisterio
Que entró el gran Leonardo en la eternidad,
Y oyó el viejo Alfieri la voz del misterio
Vibrando en las piedras de la Trinidad?

¿No subió a este cielo, victoriosa y sola,
—Convertida en llama de inmortalidad—
El alma sublime de Savonarola,
Desde las hogueras de la iniquidad?

¡Riberas del Arno! La agreste zampoña
Del valle de Fiésole se escucha cantar,
Y el pálido espectro de Juan de Bologna
Sobre el Ponte Vecchio se ve divagar.

Las campanas suenan, allá, en la Annunziata...
Aquí, en estos parques sin una canción,
El viejo Bocaccio de barbas de plata
Contaba los cuentos del Decamerón.

VENECIA

Ciudad de tragedia, bajo el sol de julio
Se pudren las aguas del sucio canal,
¿No será la sangre del viejo Paululio
Que moja tus piedras, ciudad infernal?

Desdémona canta la copla del sauce;
Marino Faliero ya no ha de volver;
Del Lido atraviesan el lúgubre cauce
Las góndolas negras al amanecer.

En el Sotto Piombi, siniestro y dormido,
Danzan los espectros su danza infernal;
En esta agua obscura, rojiza, del Lido,
Dándalo el maldito lavó su puñal.

¿Qué sueñas, Venecia? ¿La gloria ya muerta?
¿Que alumbre tus piedras por fin el "fiat lux"?
Se ahogaron en sangre, del Tiempo en la puerta,
Las abejas de oro del último Dux.

APPASIONATA

TODOS LOS DIAS...

Todos los días hallarás un lirio,
Un lirio marchitándose en tu umbral:
Todos los días te dirá el secreto
Que no puedo callar.

Todas las noches hallarás un sueño
Que en tu alcoba entrará como un ladrón,
Para robarte, en medio de las sombras,
Un suspiro de amor.

Todas las albas hallarás dormida,
Debajo de tu almohada, una canción,
Y sentirás el beso de sus versos
Antes que salga el sol.

Todas las tardes hallarás de nuevo
El lirio, el sueño, el beso y la canción...
Pero para ellos no has de tener nunca
Un suspiro de amor.

CANCION A REBECA

Rebeca, no tengo los cantos de fuego
Del rey Salomón,
Mas quiero ofrecerte las flores de sangre
De mi corazón.

Ah, qué hermosa estabas en la sinagoga
Cuando el Yom-Kippur!
Sangraban tus labios, brillaba en tus ojos
La estrella del Sur.

Te amaba, Rebeca. ¡Si tú lo sabías!
Callaste al pasar...
Por ti hubiera dado la gloria del sueño
Que pude soñar.

Yo amaba tus ojos ardientes, tus labios
Como una canción,
Tus senos, que tiemblan al ritmo sereno
De tu corazón.

Yo amaba tus manos, palomas febriles,
Oh lirios de amor,
Yo amaba en mi sueño las rosas de sangre
De tu carne en flor.

Ah, qué hermosa estabas en la sinagoga
Cuando el Yom-Kippur!
Sangraban tus labios, brillaba en tus ojos
La estrella del Sur.

LOLITA, DEL MUSIC-HALL

Ninguna tenía los ojos más negros
En el music-hall,
Ninguna como ella cantaba canciones
De sangre y de sol.

Ninguna bailaba como ella las jotas
Del viejo Aragón,
Ninguno sabía que yo era el ensueño
De su corazón.

Ninguno, entre el humo y el ruido, la amaba
Como yo la amé,
Ninguno sabía porqué aquella noche
Lolita se fué.

Aun guardo el pañuelo manchado de sangre
Y aun oigo su tos,
Aun siento en los míos sus labios febriles
Diciéndome adiós.

¡Lolita! ¡Lolita! Aun hay ojos negros
En el music-hall,
Pero nadie canta, como tú cantabas,
Canciones de sol.

TITANIA

Ayer, cuando eras Desdémona y te estrangulaba Otelo,
Mité tu rostro divino, mas nada me reveló;
Mañana serás Ofelia, y en su trágico desvelo
El melancólico Hamlet te dirá que no te amó.

Te vi cuando eras Julieta, la de los ojos de cielo,
Y la canción de Romeo tampoco te conmovió,
Y después has de ser Porcia, con su enigmático velo,
Y ante los tres cofrecillos iré a suspirarte yo.

Cuando seas Lady Mácbeth mojará tus manos frías,
No la sangre de Macduff, sino las lágrimas mías,
Estas lágrimas que vuelco en la voz de una canción.

Y la función terminada, cuando el teatro esté vacío,
Te diré secretamente un presentimiento mío:
Yo sé que serás Titania, y que te espera Oberón.

AMOR GITANO

Yo amaba a esa gitana en cuyos negros ojos
Cantaba una leyenda tan vieja como el mundo,
Yo amaba sus canciones, su vivir errabundo,
Sus labios color sangre, sus trágicos enojos.

Yo amaba aquella errante reina de los caminos
Que ataba sus andrajos con collares de oro,
Y que me maldecía en su idioma sonoro,
Y me decía "te amo" con sus ojos divinos.

Yo amaba su miseria, su pasión, su leyenda,
Al resplandor del fuego, junto a la frágil tienda;
Y las brujas cantaban un cantar romaní,

Un cantar más antiguo que el camino y el viento...
Y la reina gitana miraba el firmamento,
Jurábame su odio, temblaba junto a mí...

LAMENTO

Menos que el polvo que levanta el viento,
Alma traidora, corazón de piedra,
Menos que la hoja que cayó del árbol
Soy para ti.

Menos que el yugo que en las ruinas crece,
Labios de hielo y la glacial pupila,
Menos que el humo del recuerdo triste
Soy para ti.

Triste, más triste que la noche sola,
—Pájaro ardiente que perdido canta—
Lágrimas rojas de pasión y ensueño
Lloro por ti.

ESTRELLAS EN EL MAR

Cuando veas, en noches de viaje,
Las estrellas temblando en el mar,
Cierra el libro que un día te traje
Y ponte a soñar.

En el sueño de ayer que no existe,
En la gloria de amor que no es más...
En aquella canción vieja y triste
De "siempre" y "jamás".

Rimarán las espumas el sueño
En la estela que deja el vapor,
Corazón que perdiste tu dueño,
Mendigo de amor...

Mientras danza la luna en las olas,
El olvido traerá la canción
De sus playas llorosas y solas
A tu corazón.

Ah... Yo sé que el amor que te traje
Siempre, siempre, ha de hacerte soñar,
Cuando veas, en noches de viaje,
Las estrellas temblando en el mar.

SERENATA INDIA

Ven conmigo en la rápida piragua
Por el gran río, bajo el cielo azul.
¡Qué blancas se reflejan en el agua
Las islas donde crece el abedul!

Ven en este crepúsculo de oro,
Quiero que seas sólo para mí;
Yo te daré la miel del sicomoro
Y cazaré gacelas para ti.

Te cubriré con pieles de pantera
Bajo el ensueño de la luna en flor,
Y beberemos vino de palmera
Para amarnos mejor.

Ven, que a la vera de tu sauce llego
Con la nostalgia del perdido bien,
Yo mataré los pájaros de fuego
Para adornar tu sien.

Ven conmigo, en la rápida piragua
Por el gran río, bajo el cielo azul.
¡Qué blancas se reflejan en el agua
Las islas donde crece el abedul!

SANTA ROSA DE LIMA (1)

Santa Rosa de Lima y de Santa María
Que hablaba con los ángeles de Dios, nuestro Señor,
La que subió a los cielos, porque en su pecho había
Una paloma blanca y una canción de amor.

Santa Rosa de Lima, que llenaba con lirios
El alma de los hombres, al eco de su voz;
La que curaba enfermos en sus santos delirios,
La que amaba a los pobres, por el amor de Dios.

La amaban los soberbios y ricos caballeros,
Lloraba en su ventana la gloria de un virrey,
Mas ella, que tenía el alma de luceros,
Ser pobre era su gloria y la humildad su ley.

Oía en la solemne canción de las campanas
El suspiro de Cristo. Veía el amor de El
En las casas infames, las estrellas lejanas,
En las almas de cieno, en los pechos de miel.

Caían a sus plantas, llorando, los malditos,
Sobre sus negras almas vibraba la canción
De su misericordia, con ecos infinitos.
El llanto de los malos mojó su corazón.

Naranjos que la vieron pasar por la ribera
Del río que refleja las lunas del Perú,
Cubierta de azahares, y oyeron que dijera
Con voz que era un suspiro: "Mi amor, Dios, eres Tú!"

Campanas que mecieron los sueños de la santa
Allá sobre las huertas, en el anochecer,
Vuestra canción de bronce sobre los siglos canta
La gloria del arcángel que se sintió mujer...

Conventos cuyas piedras gastaron sus rodillas,
Dolientes crucifijos que oyéronla rezar;
Los lirios de su alma perfuman las capillas,
Los blancos Cristos sueñan con verla regresar.

Soberbios caballeros, hidalgos que la amaron,
Vuestro oro, vuestro orgullo, vuestra alma, ¿dónde está?
Sois polvo... Y las estrellas que un día la alumbraron
Aun sueñan con la Rosa que nunca morirá.

Rimac, oh viejo río, en cuya agua viajera
Mojó el Inca su oro, su hierro el español,
Tu gloria es que una tarde pasó por tu ribera
La santa, y su sonrisa te iluminó de sol.

Un día entre las rosas del huerto, se oyó un vuelo:
Volaban las palomas febriles de su amor,
Lloraron las campanas... La Santa miró el cielo
Y se durmió en la gracia de Dios Nuestro Señor.

Los brazos dolorosos del Dios crucificado
Allá del Paraíso, llamábanla hacia El,
Y fué... Y en el silencio del claustro abandonado
Los ángeles tañían el arpa de Gabriel...

---

(1) Prólogo del poema dramático del mismo título, escrito en colaboración con D. Carlos Schaefer Gallo.

DOÑA JUANA LA LOCA

(Cuadro de Pradilla)

El toque funeral de la campana
Se escuchaba, apagado, todavía;
Burgos a la distancia se perdía
Como una visión lúgubre y lejana.

Iba la silenciosa caravana
Hacia el dulce país de Andalucía;
Felipe, bello y pálido, dormía;
Trágica y muda le miraba Juana.

Vacilaron las hachas en el viento.
"Estamos a la vera de un convento,
Majestad", le dijeron, "y hace frío".

"¿Será de monjas?" preguntó, insegura,
Y besando al rey muerto en su locura
"¡Que no le vean" exclamó, "que es mío!"

OMAR KHAYYAM

Hay en el claro cielo de Persia
Una sonrisa de eternidad:
Los dromedarios de Samarcanda,
¿Aun no llegaron, Omar Khayyán?

Vi levantarse nubes de polvo
En el camino de Naishapur:
Vienen los odres llenos de vino
Bajo la suave cúpula azul.

¿A qué la gloria de los visires?
Nuestra alma el viento se llevará.
Llena las copas hasta los bordes,
Bebamos juntos, Omar Khayyám.

Entre las rosas del jardín persa
Teje las tiendas de la Verdad;
Vino de ensueños y eternidades
Corre en las copas del Rubaiyát.

¿A qué la gloria de los sultanes?
Dame los cantos del viejo Hafiz:
Los cantaremos bajo la luna...
¡Mahoma tenga piedad de mí!

FRANCISCO SOLANO LOPEZ

Selvas alucinadas, llanuras de martirio,
donde sueña el espectro del héroe guaraní;
la luna de los trópicos alumbra su delirio,
y sangra en los sepulcros la flor del abatí.

Alma ardiente y perdida, ¡cuán rojas las estrellas
refléjanse en las ondas del río de Tupá!
Aun gimen en las cruces sus lúgubres querellas
los guamingües dolientes... Tu sombra, ¿dónde está?

Los iribús graznaron sobre tu espada rota,
pero un cantar de hierro sonó en tu corazón;
fué la canción rugiente que, al alba, en la derrota,
el último sargento cantaba en Cerro León.

¡Cuántas veces, de nuevo, llegó en la primavera,
de lo hondo de los bosques, cantando el mbiyuí!
Pero tus muertos duermen la eternidad entera...
¡Oh, Lomas Valentinas, sol de Curupaity!

Duermen, y el gran suspiro profundo de la selva
agita sus vivientes mortajas de amambay:
Cada esqueleto sueña con que tu sombra vuelva
en las lunas de sangre del triste Paraguay...

EDGARD ALLAN POE

¿Eran sombras o lágrimas, Annabel y Eleonora?
¿Eras un pobre arcángel o un maldito de Dios?
El cuervo que graznaba en la noche de tu alma,
¿Era el Remordimiento, la Duda o el Terror?

¿Qué hogueras de tormento, Edgad Allan, ardían
En el trágico abismo que fué tu corazón?
¿Qué súcubos poblaban tus noches delirantes?
Poe, ¿a ti Dios tampoco te pagó tu dolor?

Ah, tú nunca pudiste salir del Purgatorio,
Como el otro, el Divino, el que amaba a Beatriz:
Por las calles de Baltimore tus lágrimas de sangre
Contaban el infierno que llevabas en ti...

Sueña, Edgard Allan Poe. Tu corazón dormido
Alumbrará la aurora con su caricia azul.
Duerme... Tu largo sueño velarán las estrellas,
Y el Espíritu Santo se posará en tu cruz.

LAS VOCES VAGABUNDAS

SALUTACION A MEJICO (1)

¡Oh Méjico, señora de los caribes mares!
Porque el dolor azteca sangró en tu corazón,
Por tu ensueño y tu gloria, tu cielo y tus cantares,
De mi patria lejana te traigo esta canción.

Por los imperios muertos que iluminó tu luna,
Por la noche remota que turbó el español,
Por las tumbas de piedra sin inscripción alguna,
Y el indio taciturno soñando con el sol.

Por la vieja ribera donde recuerda el viento
De la mar de Balboa, con lamento sin fin,
—Como eco de la noche lejana del tormento—
Que en su "lecho de rosas" gimió Guatimozín.

Por las ondas que cantan en estrofas de espuma
Del Golfo Mejicano tras la playa inmortal,
Las lágrimas de sangre que vertió Moctezuma,
Mientras suena en las ruinas el canto del quetzal.

Tenochtitlán cantaba, y su voz nos decía
El ensueño de hierro que soñaste después:
A través de los siglos se escuchan todavía
Los besos de Marina y el llanto de Cortés!

Oh Méjico, qué solas nacían en tus cielos...
Qué grito que no había de enmudecer jamás
Surgió de la garganta gloriosa de Morelos!
El sueño delirante de Itúrbide no es más.

Sobre los claros ríos y las altas montañas
Tu corazón latía con nuestro corazón,
Y las mismas estrellas, en las noches extrañas,
Oyeron que cantabas también nuestra canción.

Oh patria mejicana, oh hermana de la mía,
Tus ruiseñores muertos no acaban de morir,
Y sus voces ardientes resuenan todavía
Cantando las auroras de luz del porvenir.

Riberas de Río Grande, sol de Tierras Calientes,
La guitarra del charro tiene un eco inmortal
En la queja lejana de sus sueños ardientes:
Así cantaba el gaucho de mi país natal.

¡Oh Méjico, señora de los caribes mares!
Porque el dolor azteca sangró en tu corazón,
Por tu ensueño y tu gloria, tu cielo y tus cantares,
De mi patria lejana te traje esta canción.

---

(1) Estos versos fueron recitados en los teatros de Méjico por la actriz argentina doña María Esther Pomar.

CANCION DE TODOS

A Constancio C. Vigil.

Oh canción mía, canción de todos, canción extraña,
Puse en sus versos los balbuceos de la Verdad,
Olor de surco, fulgor de cielo, calor de entraña...
Venid conmigo, todos los hombres, y así cantad.

Por que en los templos—que son las almas—suenen las voces
De las auroras y los milagros que han de venir,
Por que el acero de las espadas se trueque en hoces,
Y Don Quijote marque el camino del porvenir.

Por que no cese nunca el latido de las usinas,
Por que los vientos sigan cantando sobre el trigal,
Por que la hiedra de la esperanza sobre las ruinas
De los errores siga creciendo como un rosal.

Por que los buques sigan cruzando los oceános,
Por que en las vidas haya inquietudes de eternidad,
Por que en los vientres y los cerebros, oh mis hermanos,
Oh mis hermanas, florezcan siembras de humanidad.

Por que en la noche de la Injusticia tiemblen estrellas,
Por que en la sombra suene triunfante la voz de Ariel,
Y por que el hierro de los arados abra las huellas
Sobre las tumbas de los que duermen sueños de hiel.

Olor de surco, fulgor de cielo, calor de entraña...
Eres ensueño, luz y miraje, yunque y crisol,
Y mientras suenas, canción de todos, canción extraña,
Blancas de aurora van las legiones en marcha al sol.

SIRENA...

(Motivo de Borodin)

Ven a mí en las tinieblas nocturnas, marinero,
Bajo las aguas todo es sereno y es frío.
Dormirás, marinero, soñarás largamente.
Te arrullarán las ondas pequeñas y tranquilas.
En las profundidades hay paz, y también júbilo.
Sobre las crespas olas, bajo la blanca luna,
La Reina de los Mares te ha venido a buscar.

STELLA MARIS

Ruega por nosotros, los pobres, que vamos
En débiles barcas en busca del pan,
Y por los amores que en tierra dejamos,
Señora del Mar.

Ruega por las pobres mujeres, que esperan
La vuelta de aquellos que partieron ya,
No dejes que nunca sus amores mueran,
Señora del Mar.

Ruega por las almas de los que se ahogaron,
De los que se fueron con la tempestad,
Por los corazones que los esperaron,
Señora del Mar.

Ruega por los niños que están en la cuna,
Ruega por los hijos que un día vendrán
E irán a tus olas a buscar fortuna,
Señora del Mar.

Ruega por las barcas en que al mar partimos,
Y que acaso un día no regresarán;
Con tu amor soñamos, por tu fe vivimos,
Señora del Mar.

Ruega por los rudos y blancos abuelos
Cuyos viejos troncos dobló el huracán,
Ruega por nosotros, Reina de los Cielos,
Señora del Mar.

Ruega por las chozas humildes que un día
Alzaron las manos de los que no están:
Las chozas que guardan su amor todavía,
Señora del Mar.

EL CAZADOR DE ORQUIDEAS

¿No ven que está viva? La traje de lejos...
Esta mano sola me dejó un caimán,
La arranqué con ella de entre los reflejos
Del pantano donde las serpientes van.

La busqué en las selvas, entre las legiones
De diablos, sintiendo la muerte sutil.
De noche, el misterio, la luna y los leones...
¡Ah, cómo quemaba el sol del Brasil!

Los verdes infiernos del trópico ardían,
Los ríos cantaban su mortal canción,
La flor me llamaba... Sus voces venían
A encender la fiebre de mi corazón.

En la verde entraña de la selva estaba,
La arranqué con mano sangrienta y febril,
Maté la serpiente que a ella se enroscaba.
¡Ah, cómo quemaba el sol del Brasil!

La traje conmigo, solo y moribundo...
¡Oh flor de las selvas malditas del Sud!
Me muero y la dejo aún viva en el mundo:
Quiero que la pongan sobre mi ataúd.

MIOS...

Oh mares míos, anchos mares
Donde las naves del soñar
Cruzan buscando un horizonte
De eternidad.

Oh barcos míos, donde sueñan
Hombres que nunca volverán,
Cada madera carcomida
Tiene un cantar.

Oh puertos míos, turbios puertos
Donde la bruma vence al sol,
Figones sórdidos, mujeres
Que nadie amó.

Oh marineros, pobres almas
De los que mueren en el mar,
Bajo el requien de los oleajes
Dormid, soñad.

Mío es el mar, mío es el viento,
Mías las naves, mío el sol,
Mías las almas que sangraron
En mi canción...

LA ISLA DE ORO

Canción misteriosa del mar de Levante,
Eterno murmullo del mar siempre azul:
Mallorca la de Oro, que vió los bajeles
Surcar las espumas, buscando la luz...

El viento le trajo los viejos cantares
De Ulises errante y el rudo Jasón;
Piratas y santos soñaron sus sueños
En esta ribera divina de sol.

Mojó en estas ondas del mar legendario
Su espada Don Jaime el Conquistador;
Las viejas palmeras oyeron las voces
De Raimundo Lulio, que hablaba con Dios.

Chopin se moría mirando estos cielos,
Aquí, en los crepúsculos que amó Jorge Sand:
Darío, el Divino, cayó de rodillas
Sintiendo la muerte, mirando este mar.

DORMIDA

Se ha quedado dormida en la ventana;
Parece, de la luna a los fulgores,
La princesita que murió de amores
De una historia dulcísima y lejana.

Duerme, y en deslumbrante caravana
Ven sus azules ojos soñadores
Príncipes, duendes, genios, trovadores,
En el imperio azul de una mañana.

Se ha quedado dormida, y en su sueño
Se puebla de astros su vivir pequeño,
Y de un bosque encantado, acaso un hada

A un país de luz se la llevó con ella,
Y la casó en el reino de una estrella
Con el príncipe azul de una balada.

EL BESO DE MANUELITA ROSAS

Manuelita, el navío corría por los mares
Llevándote a las tierras que nunca besa el sol,
Qué lágrimas ardientes caían de tus ojos,
De aquellos ojos negros que amó el Restaurador!

Dormía tu "tatita", fruncido el torvo ceño;
Tus manos amorosas posábanse en su sien;
Poblaban los espectros sus rojas pesadillas...
¡Qué sueños esa noche soñó Don Juan Manuel!

Oías el murmullo febril de su delirio,
Y en tu alma, sola y triste, volvía a resonar
La lúgubre y sangrienta canción del mazorquero:
Veías las cabezas rodar bajo el puñal.

Después... Las vidalitas, allá en Santos Lugares,
La luna que bañaba los patios del cuartel,
Rumor de melancólicas guitarras de soldados,
El grito de un "salvaje" en el amanecer...

¡Qué lejos todo aquello! Los tétricos serenos
Alzando en los silencios los cantos del Terror,
La voz de las ardientes mulatas traicioneras,
La sangre de las albas de la Federación.

¡Ah, Manuelita! Cómo temblaban en tus dedos
Las cuentas del rosario mirándole dormir...
Paloma que arrullabas de amor por la pantera,
Los sueños de tu infancia tocaban a su fin.

Ya no quedaba nada, más que la triste huída,
Nada más que una sombra de horror de lo que fué:
¡Era Camila O'Gorman, Camila, que bajaba
Sonriendo del cadalso que alzó Don Juan Manuel!

Escucha, que el dormido gimió en su horrible sueño:
Tus labios lo besaron con trémula pasión,
Y Dios entonces supo, doliente Manuelita,
Que el beso de esa noche salvó al Restaurador.

A QUINQUELA MARTIN, PINTOR DE NAVIOS

Bienvenido otra vez a esta ribera
Donde en tus sueños y los sueños míos
Cantaba la nostalgia de los mares,
Pintor de los navíos.

Llevaste por los claros horizontes,
Por las tierras soleadas y lejanas
Tus buques muertos, y la vida nueva
Cantaba en sus mesanas.

En el dolor inmóvil de tus naves
El soplo de tu amor volcó un conjuro,
Y en tus barcos de ensueño sopló un viento:
El viento del futuro.

Porque fueron tus trágicos navíos
Nuevas y victoriosas carabelas,
Cruzaste el mar con ellos, y los soles
Cuajáronse en sus velas.

Sol de España y los viejos navegantes
Despejó tus crepúsculos de bruma:
Tus cascos moribundos revivían
Al canto de la espuma.

¡A cuántas viejas playas arribaron!
Echaron anclas bajo tantos cielos...
Nuestras almas, de lejos, saludaban,
Ondeaban los pañuelos.

Bienvenido otra vez a la ribera
Donde en tus sueños y los sueños míos
Cantaba la nostalgia de los mares,
Pintor de los navíos.

LA PROFECIA

Me lo dijo una vieja, allá, en España,
Y yo, mirando el cielo, sonreí:
"Cuando tú llegues a la edad de Cristo,
De pronto, has de morir".

"A ti, una clara noche de diciembre,
Te matará un engaño de mujer..."
Yo me quedé pensando en sus palabras,
Y la vieja se fué.

Yo tenía veinte años. Desde entonces
Diez diciembres pasaron, y dos más...
Y ya perdí la cuenta de los labios
Que mi boca besó.

Hoy que se acerca el último diciembre
Miro dos rostros que en mi ensueño están,
Y no sé cuál me llenará de gloria,
Ni cuál me matará.

INDICE

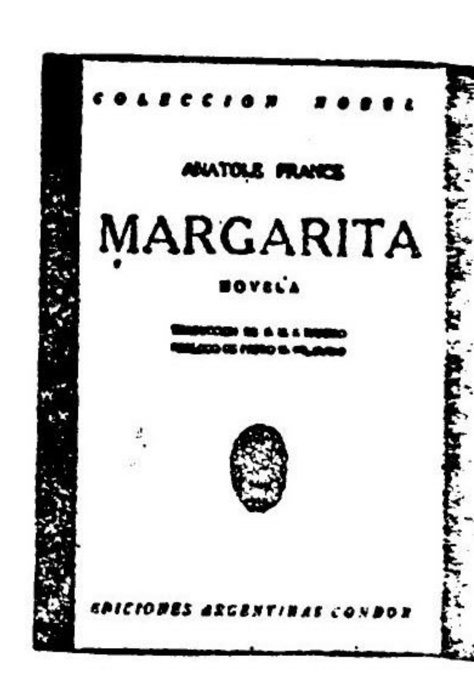
INDICE

Pág.

ULTIMAS PUBLICACIONES

ANATOLE FRANCE

M A R G A R I T A



ES la novela de un empleado público que sueña con un amor tan humilde como sublime. Margarita está llena de ternura y de piedad; de esa ternura que France derramó prodigiosamente en todas sus obras, y de esa piedad que él no tiene para las cosas piadosas y que tanto le inspiran las cosas humanas. Margarita es el alma ingenua de la infancia, con un candor tal que nos enternece y regocija a la vez.

Precio del ejemplar, $ 1.—



FAUSTO BURGOS

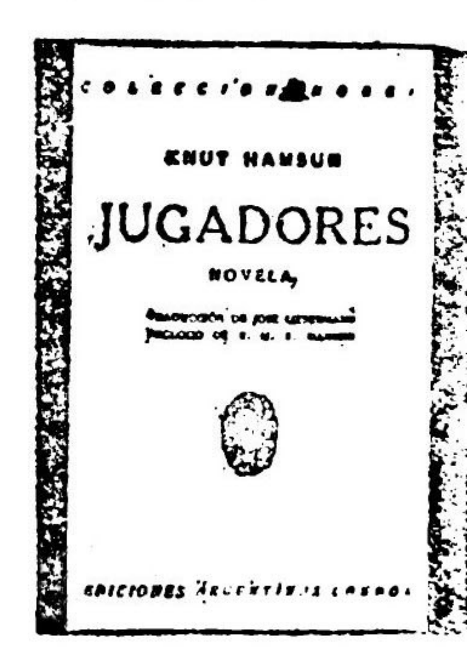
M A R I A R O S A R I O

HAY en esta novela descripciones intere santísimas realizadas en prosa llena d frescura y a veces de emoción. Su lectura pues, constituye espléndido regalo no y para los aficionados, sino también para lo eruditos. Hay modismos y costumbres, pai sajes rebosantes de belleza e imponent emotividad, así como tipos característico a la región perfilados con una destreza úni ca, por no decir magistral.

Precio del ejemplar, $ 2.50

KNUT HAMSUN

J U G A D O R E S



ES un brillante relato donde el admirable escritor pone al desnudo con su habitual procedimiento rudo y seco, la psicología contradictoria de esos hombres cuyo destino se ha encarnado en el azar. Don E. M. S. Danero ha puesto al libro un prólogo donde con su habitual galanura de estilo y con información excelente estudia la vida y la obra del maestro de "Hambre", "Pan", "Victoria", etc.

Precio del ejemplar, $ 1.—

AMADO NERVO

ELEVACIÓN

(NUEVOS POEMAS)

SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL TOR

VICTORIA 785 — BUENOS AIRES

AMADO NERVO

E L E V A C I O N

COMO ha dicho Rubén Darío, lo que sabe este poeta es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa. Esta segunda edición fué debidamente corregida por el poeta en su última estada en Buenos Aires.

Precio del ejemplar, $ 1.50

EXEQUIEL DIAZ

E L F A R O L

COLORIDO, veracidad y extraña emoción ha infundido el autor a su obra, netamente argentina, por el ambiente y por el folklore que campea en sus páginas. Son también narraciones artísticas y perfectas, ya que Exequiel Díaz, dentro del más riguroso regionalismo, ha sabido perjeñar sus relatos al más puro clasicismo. Forma un elegante volumen en 8.º impreso sobre papel pluma, con carátula en bicolor.

Precio del ejemplar, $ 1.50







JOSE LIEBERMANN

LA ESFINGE TORTURANTE

ES una novela de angustia, donde el personaje, enfermo del mal del siglo, busca la explicación y el sentido de la vida. No está escrita para los débiles, porque el hálito de tragedia es ahí intenso. Es la inquietud eterna de las almas jóvenes ansiosas de vivir la vida y sin dar con la solución del problema. Es en resumen un libro fuerte, extraño y melancólico, romántico y filosófico que hará época.

Precio del ejemplar, $ 1.50

GONTRAN ELLAURI OBLIGADO

CARNE DE FERIA



ES la historia triste y lamentable de una mala mujer, poseída por el demonio del vicio y de la ambición. No obstante su título, es una novela edificante y ejemplar en todo momento, y su argumento ha de conmover a los corazones puros y producirá en otros más de una saludable reacción. La propiedad de lenguaje, la corrección, la galanura y la diafanidad son las cualidades descollantes de este volumen.

Precio del ejemplar, $ 1.—



MAURICIO MAETERLINCK

LA VIDA DE LAS ABEJAS

QUIEN no ha leído este libro ignora uno de los pasajes más interesantes y confortadores de la historia natural; quien se ha deleitado en sus páginas, lo aseguramos, habrá logrado una visión más sana y optimista de nuestro rol en la existencia de la humanidad. Bellamente concebido, en una fusión de conocimientos eruditos y una sabia al par que sencilla exposición, se halla al alcance de todos los conocimientos.

Precio del ejemplar, $ 1.50

ENRIQUETA LUCERO (CARMEN LUNA)

LAS DE HOY



LA protagonista, Silvia, dulce maestrita tucumana, se adueña del lector desde las primeras páginas, por su papel tan vivido y humano y por el retrato tan natural y tan hermoso que de ella hace la autora. Va acompañada por otras mujeres silenciosas y resignadas que pasan por la vida poniendo sobre los dolores y las miserias de la misma, la sonrisa rebosante de su piedad.

Precio del ejemplar, $ 2.50


Dióse fin **a la**
impresión **de**
este libro a **XX**
días del mes de
Octubre del **año**
M C M X X **I V**
por el Dep. **de**
impresiones **de**
Editorial **Tor.**